

COMENTARIO A LAS DISERTACIONES DEL DR. JOSE M.^o CAÑADELL Y EL EXCMO. SR. CAMILO JOSE CELA

Prof. Dr. RAMON SARRO BURBANO
(Académico Numerario)

Señores:

Nuestro Presidente, me ha rogado que pronunciara en nombre de la Academia unas palabras de comentario, a las exposiciones que acabamos de oír de los señores Cañadell y Cela. El encargo, que me hace el Presidente es sumamente honroso, pero dudo si considerarlo un favor o un desfavor. La razón de que pueda ser lo último, es lo siguiente: Todos hemos sido testigos de que la conferencia del doctor Cañadell, tan sumamente rica de información, de valoraciones originales y de incitaciones, no ha ido seguida de una discusión, a la que la Presidencia no ha dejado de invitar. Todos esperábamos que esta discusión sería nutrida, como es costumbre en las Academias; la nuestra, no es en absoluto silenciosa. Que hoy lo haya sido, ante una cuestión sobre la cual todos los Académicos tenemos algo que decir, tiene una honda motivación —¿quién no se siente aludido, aunque sea un adolescente, la gran mayoría de nosotros hace larguísimo tiempo que hemos dejado de serlo, por el tema de las edades críticas,

que Cañadell ha tratado tan magistralmente?—. Este silencio, insólito para esta Academia, insisto en ello, que ha seguido al parlamento de Cañadell, no es atribuible, a mi juicio, sólo a la impaciencia por escuchar el parlamento de Camilo José Cela, sino que es expresión de respeto ante su personalidad extraordinaria en el mundo de las letras hispánicas, de allende y aquende del Atlántico. Las palabras «en el mundo de las letras», las quiero subrayar. En esta Academia estamos habituados, por gran fortuna nuestra, a que ocupen su tribuna grandes maestros de la Medicina, nacionales o extranjeros. Muchos de ellos son Académicos, y un número mucho mayor merecen serlo. A estas presencias estamos habituados, a lo que no estamos es a que en este magnífico anfiteatro vaya a resonar la voz poderosa, por el espíritu que le anima, de un gran señor de las letras hispánicas tanto de hogaño como de antaño.

¿Cuáles son los aspectos, que yo, participando de la emoción colectiva, pero sobreponiéndome a ella,

debo analizar, por juzgarlos afines a la entraña misma de la Medicina, a la que esta Academia debe en todo momento servir? No me referiré únicamente a las palabras, que aquí ha pronunciado Cela, sino que tendré presente mis lecturas de algunos de sus libros, principalmente su *Diccionario Secreto*, y un libro que comenté, hace unos años, en un acto público al que él asistió, *Tobogán de hambrientos*. Ante mi mirada de cultivador de las Ciencias Humanas, entre las que la Psicopatología y el Psicoanálisis ocupan un puesto central, destacan en la obra de Cela tres campos, que designados por su nombre científico son, el sexológico, el gerontológico y el antropológico.

En repetidas ocasiones tendré que aludir a José M.^a Cañadell, cuyas ideas son tan sumamente afines a las de Cela, si no en detalle, en su orientación general.

Ambos han aludido a Gregorio Marañón. Incluso, cuando no lo han hecho, le sentíamos presente en las disertaciones de ambos oradores. ¿Quién puede dudar, que el gran maestro de la Medicina española, en el cual se conjugaban los dos talentos, el hombre de letras y el hombre de ciencia, que hoy aparecen separados en nuestros dos conferenciantes, ocupa un puesto de honor en la historia de la Sexología española? Pero, este reconocimiento no debe paralizar nuestro juicio crítico, sin cuyo ejercicio no se concibe el progreso científico. Aquellos que adoptan una actitud reverencial con Ma-

rañón, sirven menos a su obra que los que la analizan y discuten, como han hecho Cañadell y Cela. Hace tiempo, que he expresado, que en la obra sexológica de Marañón, la personalidad de moralista se superponía a la de investigador. Su exhortación a no asignar un puesto desmesurado a la sexualidad en la vida humana, tiene hoy más actualidad que en el pasado. No expresa, pues, el sentir de un alma de hidalgo español del siglo XVII, sino que está a la altura de nuestros tiempos.

Si hubo error en Marañón como sexólogo, fue el dar un giro interpretativo moralizante al estudio de las conductas sexuales de los innumerables hombres y mujeres de España, que desfilaron ante su consultorio de médico humanista. Don Gregorio se sintió atraído por la figura de Don Juan, mejor dicho, por el mito de Don Juan. Vio con lucidez, que el culto del donjuanismo incapacitaba al varón español para un auténtico encuentro anímico y corporal con la mujer. Como es sabido, Marañón le calificó de intersexual, es decir, de virilidad dudosa. Un conocimiento superficial de la conducta humana desmiente este aserto. La finalidad que perseguía Marañón era justa; la cultura española necesitaba en aquellos momentos, que se combatiere el «machismo», una de cuyas variantes es el donjuanismo, que se da en muchos otros países, y que persiste y sin duda persistirá aún largo tiempo. Pero, Marañón se equivocó en la ar-

gumentación. Debería haber combatido el donjuanismo con razones de índole muy distinta. Tenía razón sobrada para afirmar, que Don Juan, será mejor decir muchos donjuanes, no lo son por exuberante riqueza de su personalidad, sino al contrario, por escasez de ella. Le falta a Don Juan, salvo cuando le mueve un impulso demoníaco, como en Tirso, en Kierkegaard o también en Zorrilla, la conciencia de cuáles son los valores esenciales que en la vida hemos de vivir. Padece un déficit axiológico, pero no endocrino. Habiendo poseído centenares de mujeres no ha tenido contacto con ninguna; corre grave riesgo de convertirse en un solitario desesperado por haber malgastado su vida.

No queremos comentar otras ideas sexológicas de la obra de Marañón, defendidas siempre con argumentaciones moralmente elevadas, pero no suficientemente realistas. Hoy bastará enumerarlas, para darnos cuenta de cuán lejos están de nuestras convicciones actuales. ¿Quién puede, hoy, compartir los diagnósticos sexológicos de Marañón, de que el tímido, introvertido y probablemente egoísta Amiel, que quizá no conoció a ninguna mujer bíblicamente, era un dechado de virilidad, y que Carmen, era un tipo viriloide, porque la mujer más femenina debe ser frígida? No quiero seguir, sino sólo decir, que Marañón, incluso cuando se equivocaba era genial y único.

En lo que respecta a la Sexología

en sentido estricto, quiero destacar la importancia del *Diccionario Secreto* de Camilo José Cela. En esta obra nos aparece transformado. El escritor prosigue su búsqueda de palabras expresivas, dondequiera que se encuentren, aunque sea en zonas tabúes. Pero, lo hace esta vez con una actitud, que no es la del novelista, sino la del científico, que cultivara a la vez la Filología y la Sexología. Una investigación de este tipo es sumamente importante. Ni para el médico ni para el filólogo pueden existir zonas prohibidas para la investigación. El imperativo del hombre de ciencia es investigar la realidad en todas sus manifestaciones. Así, no pueden existir para un biólogo «enfermedades secretas». Lo serán, si acaso, para la opinión pública, pero jamás para un médico. Cela ha tenido el mérito de comprender que un conocimiento de la realidad sexual española es insuficiente, si no se inventan y analizan las palabras, que el genio de nuestro idioma ha creado a través de los siglos para expresar sus sentimientos en los momentos de éxtasis o turbación sexual. Estas creaciones del folklore abren nuevos horizontes para una Fenomenología de las emociones y conductas eróticas. Cela, con una paciencia de benedictino, ha ido buscando y rebuscando estas palabras, que no porque resulten chocantes a la buena crianza, dejan de existir. Sin duda, que Freud habría felicitado y estimulado a Cela para que prosiguiera estas investigaciones. La

obra de Kraus *Anthropophiteia* sobre el folklore sexual, que consta de diez volúmenes, y que era muy apreciada por Freud, dedica muchos capítulos al folklore lingüístico. Tampoco dudo, que nuestro antiguo presidente Agustín Pedro Pons habría sumado su felicitación, a la que yo le hago en nombre de la Academia, por aplicar su ingenio a la investigación de esta zona, que por «humana, demasiado humana», había sido tan descuidada. Recuerdo que en una ocasión, en que a raíz de una Sesión científica, en la que se comentó la obra de Marañón, aludió a la abundancia de términos, que suelen calificarse de «obscenos», en el lenguaje catalán, y en la conveniencia de estudiarlos desde el punto de vista etimológico, semántico y antropológico, como lo está haciendo magistralmente el filólogo Cela, que tan justamente pertenece a la Real Academia de la Lengua.

Es inevitable, que las comunicaciones de Cañadell y Cela susciten reflexiones gerontológicas. Han hablado del climaterio, que constituye el vestíbulo de la tercera edad. Sus aportaciones contribuyen a desmitificar las concepciones negativas, que existían, incluso entre los médicos, sobre las épocas avanzadas de la vida. Los psiquiatras, en general, no tenemos motivos para aceptar un climaterio viril, salvo en casos excepcionales. En la mujer existe, pero su trascendencia es mínima, cuando la mujer es poseedora de una personalidad, para la cual la capacidad

procreante no es más que una dimensión de una vida plenamente humana.

En cuanto a la tercera edad, propiamente dicha, quiero contraponer al juvenilismo de las civilizaciones industriales, la valoración de la ancianidad, que reinaba en China, antes de la revolución. Esta actitud, la encuentro simbólicamente reflejada en la biografía mítica de Lao Tse, que significa «viejo maestro». Se supone que nació en el 604 a. C., y que vivió, por lo menos ciento sesenta años. Pero, antes de nacer, había permanecido sesenta años en la matriz materna. Nació con el cabello blanco y fue reconocido desde el primer momento como viejo maestro. Si contrastamos esta biografía legendaria con la de Jesucristo o la de Buda, vemos que revela, por parte de la cultura china, una valoración más positiva de la vejez. ¿Qué podemos aprender de la leyenda de Lao Tse? En modo alguno, que la vejez sea una edad más valiosa que la juventud, pero sí, que tiene poderes creadores específicos, en modo alguno desdeñables. Ciertos objetivos espirituales puede alcanzarlos la vejez más fácilmente que la juventud, y en la medida que los posee, puede y debe irradiarlos a la sociedad. Es mucho lo que la vejez puede dar y que, hoy, no es tenido en cuenta. Un maestro de Occidente tan grande como Lao Tse, Aristóteles, afirmaba que la vejez se caracterizaba por la *fronesis*, que según la interpretación de Zubiri significa «la sensatez que

da la edad». La sabiduría popular, que Cela sería el último en desdeñar, creó el dicho de que «El diablo sabe más por viejo, que por diablo». Yo, sin desdeñar al diablo, prefiero pensar teológicamente, que el viejo, si sabe administrar su vejez, tiene muchas más probabilidades de «salvar su alma» y contribuir a que se salve la de las generaciones jóvenes.

Preguntemonos ahora, ¿cuál es la concepción *antropológica* de Cela? ¿Cuál es la imagen del hombre, que expresan sus obras? ¿Cuáles son sus personajes predilectos? Al aproximarnos a su producción novelesca, en seguida nos damos cuenta de que es un creador de innumerables personajes. Muchas veces desfilan vertiginosamente como en un tobogán, no dándonos tiempo a familiarizarnos con ellos. Cuando empiezan a interesarnos, desaparecen para siempre de nuestro horizonte. Ahora bien, estos personajes están «dibujados» con trazos esenciales y vigorosos, como los de Daumier o de nuestro Nonell. Después de leer *Tobogán de hambrientos*, tenemos la sensación de que los personajes no son ni héroes ni antihéroes; más bien son una multitud. Esto no significa, que Cela no tenga el poder de hacer novelas con un solo protagonista como *Pascual Duarte*. Sabe muy bien, que toda novela debe tener, lo que él llama su «esqueleto». Si entre estos esqueletos escoge el que él pintorescamente llama de «serpiente de maza-pán»; nosotros agregaríamos que se

muerde la cola, puesto que no termina, lo hace lúcidamente, o mejor dicho, en un esfuerzo por ser fiel a su genio creador. Yo diría, que éste es el de un satírico lleno de piedad. Los hombres son «pobres diablos», seres pintorescos, pero de poca sustancia. Aisladamente son insignificantes, pero reunidos en la novela, constituyen un canto a la vida.

Esta vale la pena de ser vivida por sí misma, aunque no tenga elevados objetivos. La imagen de la humanidad, que nos da Cela, es la de una vida viviente, en que la muerte no existe o carece de importancia; lo más opuesto al sentimiento trágico de la vida. Quizás entre sus antepasados, podríamos incluir a Gargantúa y Pantagruel o al Arcipreste de Hita. Pero, más que a ellos evoca a Cervantes, que aspira a burlarse de Don Quijote, pero no lo consigue y se enamora de él. También Cela se enamora de sus personajes, aunque evoquen los insectos de una colmena. Pero, este fervor bullicioso, exuberante de vida, le fascina y nos fascina. No obstante, no es una imagen «dionisiaca» de la vida —menos aún «apolínea» en la acepción nietzschiana—, porque la sentimos impregnada de piedad, si bien, ésta, queda entre líneas, más que por artificio literario por una especie de pudor, que encubre la inmensa ternura, que siente Cela por estas infinitas pluralizaciones del *vomo qualunque*, que la mayoría de las veces encubren su nulidad con gesticula-

ciones pintorescas y apellidos alti-
sonantes.

* * *

El presidente, profesor Pedro Do-

mingo, subraya la trascendencia de
las disertaciones académicas, con-
exas, de los escritores señores Caña-
dell, Cela y Sarró.